



La personalidad de un hombre apasionado

Por Genoveva Gómez Varas

Psicóloga, Licenciada en Psicología de la Universidad de Tarapacá, Arica. Perito Forense del Servicio Médico Legal de Iquique, docente universitaria de las carreras de Psicología de varias universidades de Iquique.

He conocido sin mayores antecedentes que los que aporta este libro la increíble historia de un personaje iquiqueño, ficticio y real al mismo tiempo, tan simple y tan complejo como uno lo quisiera interpretar. Pacifista, generoso, líder, mito urbano, persuasivo y seductor, mujeriego, vital, optimista, alegre, excéntrico, amado y olvidado. Amigo de tantas mujeres jóvenes, austero, soñador, bohemio, demasiado humanitario.

Un hombre es lo que los otros representan de él y la historia de Don Willy Zegarra (con zeta, no con ce) descrita por otros carece de lógica. No hay más que la lógica de lo espontáneo, de una imagen que cautiva y que encanta. Una lógica transgresora de normas, a fin de llevar a cabo su pasión, sin un proyecto de vida más elaborado, que hacer lo que se desea y disfrutarlo.

Teorizar sobre una personalidad que se muestra tal cual es, que suena a personaje, me generó una gran ambivalencia. Por una parte me preguntaba si debía o no acceder a la solicitud del autor de realizar una descripción de su personalidad, por otra parte, me encandilé con sus historias -como lo hicieron sus discípulos y amigos- me emocioné y sentí la desolación y el abandono de sus últimos días. Entonces me pregunté, ¿cómo pudo esta historia tener un final como éste? y esa es la respuesta que quiero develar a través de su personalidad.

Los opuestos definen la trama, tanta parafernalia en contraposición a tamaño abandono. La dialéctica de su vida se entiende desde esta óptica, la de la ambivalencia, la escisión, lo magnánimo y lo devaluado, los objetos parciales y la disociación maniaca, la no aceptación de la norma en sí, -más bien la norma desmentida- la ausencia de identificaciones sólidas y de relaciones totales, el temor al abandono y las ansiedades depresivas. Se escribe entonces una auto imagen en constante construcción.

Es un hombre que necesitaba ser reconocido por otros, sin importar profundamente lo que esos otros pensarán de él. Esta ambivalencia y la grandiosidad propia de un lactante hacia la figura nutricia se refleja en su propia idealización y en la necesidad de rodearse de féminas que cumplieran ese rol. La desmentida de los obstáculos de la vida, de aquellos que le generara conflicto y lo expusiera a ese otro Willy: el personaje desvalido, sin vínculos sólidos, lo lleva a instrumentalizar el lenguaje y la actuación como forma de impactar, de proyectar en otros esta imagen narcisista, de forma grandiosa, de fondo vulnerable. A pesar aún de contar siempre las mismas historias mantenía así a todos alerta y en él la expresión no sólo encandila, también cumple la función de encadenarlo al mundo, para mantener la cohesión de su self.

Don Guillermo Cegarra entregaba desmedidamente con el doble fin: ocultar la fragilidad del yo tras las floridas historias de sí mismo, y buscaba desesperadamente -sacrificando la profundidad- las relaciones extensivas. Era su misma personalidad dividida, poco consistente, lo que determinaría que las relaciones interpersonales en su longeva vida tuvieran esa misma cualidad, que confluyó en un fin tan solo y de tan doloroso abandono. No podía ser de otra manera.

